

iluc + iluc 3 - 7 - 1981

Viajerías

Margo Glantz

Llegamos a Buenos Aires a mediodía: nos espera y surge de pronto una amiga que no conocemos: va vestida a la moda de *Boquitas pintadas* pero ya cuando está convencida de que su vida es la mejor posible: nos abraza, nos interpela, nos besa, nos presenta a su marido, nos entrega un poema (inefable) dedicado a la Virgen de Guadalupe, aparece el hijo, un poco más alto, menos gordo o menos corpulento y nos enseña su tarjeta aunque hubiera bastado con su acento. Salimos (un poco más despeinadas que al principio) y tomamos las maletas (ya desproporcionadas, sobre todo las mías) y salimos a conocer los reglamentos de la aduana, no son muchos: somos extranjeras. Afuera espera Silvia Trejo, amiga y funcionaria de la embajada mexicana que nos libera de las amistades no elegidas y nos lleva a un hotel en pleno centro que casi nadie conoce en Buenos Aires (ni en México, con excepción de Noé Jitri y Héctor Libertella que iba a Buenos Aires desde Bahía Blanca y se alojaba ahí), se llama Hotel Carson y queda en Viamonte casi esquina con Florida, es esa calle Florida donde ahora se venden licuadoras y zapatos Christian Dior (quizá cuando termine de escribir estas letras, la devaluación brutal que ha sufrido Argentina —en todos los sentidos— desmienta esas ventas). Llegamos al hotel, digo y ya tenemos un sin fin de llamadas de todos los tipos y, pronto, aparece Luisa Mercedes Levinson, que viene con su marido, Willie, y nos lleva a los lugares

más representativos de la ciudad; después de dar muchas vueltas llegamos a *La biela*, restorán confitería donde se ve mucha gente y muchas calles, también se comen *sandwichitos* y bebidas que cuestan una fortuna (un *sandwich* de salami y queso y una cerveza, más unas masitas y unos cafés cuestan 600 pesos mexicanos, también en trance de devaluación con cuentagotas). Hablamos, medio dormidas y nos invita a una cena en la que el único varón es un personaje vestido como en época de Perón con nombre vasco. Es director de una radiodifusora nacional, nos "patroniza" y nos da palmaditas afectuosas sobre el hombro, con la voz, muy diferente en su intensidad a la de la telefonista (la única), que atiende el teléfono antediluviano del hotel con voz de contralto castrado diciendo hola arrastrando la boca sobre la o, es gorda, muy gorda, con piernas hidrópicas y una falda tajada y saco de traje sastre, su voz y la imposibilidad de comunicarse hacen de Buenos Aires una de las ciudades más inglesas (por la puntualidad inolvidable de sus trenes) y realistas del mundo dentro del género abstracto.

La noche siguiente vamos a comer empanadas a casa de otra amiga, Margarita Aguirre, autora de un libro sobre Neruda que ha opacado injustamente su propia obra. Llegan a la cena María Elena Walsh, Beatriz Guido, Liliana Heckel, Gabriela Massú y Guido aparece de

sombras vestida porque ha muerto el viejo Losada y desde la reunión se dirige al velorio. Está gorda, muy gorda y lleva un flequillo que no la favorece (dicen que cuando vivía en Rosario era bellísima, hace como 30 años, yo la había visto hace como doce, sentada, lánguidamente en las oficinas de la librería de las ediciones de Jorge Alvarez, ediciones que ya no existen). Se dirige a Elena Urrutia y le espeta: "Supongo que has leído mis obras ¿no?, porque yo no me atrevería a viajar por América Latina invitando a escritoras sin haber leído sus obras, sobre todo cuando aquí en Argentina hay apenas tres buenas escritoras". Todos se quedan callados, yo me enfurezco y contesto: "Supongo que entre las mejores escritoras, entre esas tres, estarás tú", ella responde con un ademán autosuficiente, yo me auto doy cuerda y contesto: "Son mucho mejores que tú *Silvina Ocampo*, *Olga Orozco*, *Elvira Orphée*", Se molesta y nuestra charla, que ya parece de niñas de secundaria continúa: ¿Conoces le digo, a *Elena Garro*, a *Elena Poniatowska*, por no mencionar más que a las Elenas, Ante su asombro, continúo; ¿no las has leído? son tan buenas y tan prolíficas como las escritoras argentinas. "Silencio en la noche, Beatriz Guido ya no habla, espera un tiempo prudente y se despierta. ¿Por qué tan agresiva? me dice Margarita Aguirre, la anfitriona; María Elena Walsh epiloga: "La agresiva fue Beatriz" (quien no es precisamente como la de Dante).